

HIJOS DEL DIVORCIO

Atención pastoral a hijos de parejas divorciadas

1. Introducción¹

Manuel Reaño Vargas MD, MTh
Seminario Bíblico de Colombia
Medellín, Colombia, Sudamérica
correo-e: reanom@yahoo.com

En términos generales, podemos decir que el divorcio es un asunto con el que la iglesia nunca ha llegado a sentirse muy cómoda que digamos. Sin embargo, a medida de que como sociedad nos hemos movido en los últimos 40 ó 50 años en la dirección de una aceptación cada vez más amplia de él, la iglesia –en sus muchas manifestaciones-- ha tendido a resignarse primero –por lo menos en algunos casos— y en otros casos ha tendido a responder de una manera pragmática y positiva. Esta respuesta positiva se ha manifestado en la incorporación dentro de su espectro de responsabilidades, del cuidado pastoral de aquellos afectados por el colapso de la relación matrimonial. Esto se ha dado porque una proporción cada vez mayor de aquellos que vienen a formar parte de nuestras iglesias traen con ellos historias de fracasos matrimoniales, historias con las cuales tenemos que lidiar como pastores cuando estas personas deciden que quieren volver a casarse. Por otro lado, sería una negligencia criminal el negar que una cantidad alarmantemente creciente de nuestros fieles enfrentan crisis matrimoniales tan profundas y severas que inevitablemente terminan en divorcio también.

Dejando de lado su aceptabilidad e incluso hasta su legitimidad, el sólo hecho de aceptar que el divorcio es un fenómeno que se ha asentado entre nosotros con firmeza y que nos acompañará por mucho tiempo ha sido ya un importante primer paso en el proceso de responder a las necesidades de aquellos involucrados en el dolor y el sufrimiento implicados en una separación. Sin embargo, en vista de que el matrimonio ha sido siempre visto y definido en términos del rompimiento de una *pareja* y no en términos del rompimiento de una *familia*, la mayor parte de la atención ofrecida por quienes ministran o atienden pastoralmente a quienes se divorcian, se ha enfocado precisamente en eso: en *parejas*. Las razones que se pueden aventurar para esto son variadas. Por ejemplo, es evidente que aquellos en quienes las emociones y los conflictos son más visibles, son el hombre y la mujer que se están separando. Por otro lado, la mayoría de las razones argumentadas como causas de la separación, son normalmente consideradas como temas “adultos” (violencia, incompatibilidad sexual, adulterio...o hasta el simple aburrimiento) las cuales se asume –tal vez correctamente—que están más allá de la posibilidad de entendimiento de un niño pequeño. Por esa razón, esos temas se han considerado como aptos solamente para adultos y por consiguiente se tratan en círculos exclusivamente

¹ Este artículo fue presentado originalmente en inglés como parte del trabajo del autor en la materia de Consejería Pastoral en el curso seguido para la consecución del título de Master en Teología (MTh) de la Universidad de Edimburgo (Escocia) en 1998. Esta es una traducción de ese artículo, hecha en preparación para el dictado de un seminario especial en el Seminario Bíblico de Colombia, en Medellín en febrero de 2000. La versión original y la bibliografía están disponibles para quien los solicite.

adultos. Como si todo eso fuera poco para justificar la alienación de los niños del proceso de divorcio, todas las discusiones con los abogados en relación a asuntos de custodia o reparto de propiedades están más allá de la capacidad de entendimiento de un adulto de inteligencia normal, por lo que se da por descontado que un niño no tendría nada que hacer en ellas. Como resultado de todo ello, los niños han sido los grandes ausentes de las discusiones acerca del divorcio y han sido además completamente dejados de lado, excepto en términos de representación (es decir, todo el mundo asume que hay alguien que está actuando de una manera u otra, buscando el beneficio de los niños involucrados).

Desafortunadamente, aunque es cierto que a los niños se les mantiene a distancia de las discusiones y de las decisiones, también es cierto que es imposible mantenerlos a distancia del dolor de la pérdida. Para darnos cuenta de la tremenda injusticia cometida, consideremos por un momento una pequeña lista incompleta e improvisada de lo que un niño pierde en un divorcio:

- Por lo menos uno de sus padres
- La sensación de seguridad que su hogar proveía hasta entonces
- Cualquier grado de certeza en cuanto a los sentimientos de sus padres
- Su casa
- Sus amigos del barrio
- Su colegio (con todo lo que esto implica)
- Sus parientes (por lo menos los de un lado, si no ambos)
- Su seguridad económica relativa (siempre será peor después del divorcio)
- Su estabilidad emocional y psicológica...etc.

En este estudio trataremos de entender el proceso por el que pasan los niños en un divorcio, con el fin de responder desde una perspectiva pastoral a las necesidades que ese proceso crea o trae a la superficie. Daremos una mirada a lo que la literatura dice que son los efectos del divorcio en los niños, de la magnitud y las características de su pérdida, y a las maneras en que ellos tienden a reaccionar y responder al evento.

En una segunda parte, consideraremos lo que nosotros como la iglesia podemos hacer para disminuir su sufrimiento y para equiparlos para que puedan enfrentar el trauma y enfrentar el futuro en las mejores condiciones que les sea posible. Para evitar confusiones de términos, llamaremos aquí “divorcio” a cualquier combinación que implique una separación de una pareja que vivían como esposos (casados que se divorcian, casados que se separan, convivientes que se separan) y llamaremos “niños” en general a los hijos de esa pareja, aun dependientes de ella, aun cuando sean mayores de 15 años y técnicamente hayan dejado de ser niños.

Es necesario estar conscientes de que existen dos extremos que debemos evitar. Por un lado, la atención pastoral a estos niños no puede ni debe tomar el lugar y la responsabilidad que le compete a otros profesionales como psicólogos o trabajadores sociales. Por el otro lado, sin embargo, la labor de esos otros profesionales no puede ni

debe hacer superfluo el ministerio amoroso y sabio de los elementos espirituales que incluyen la sanidad, el perdón, el amor que una persona puede brindarle a otra en el nombre de un Dios amoroso y misericordioso.

2. Efectos del divorcio en los niños

Podemos entender el divorcio como la punta de un enorme iceberg. Para empezar, por ejemplo, deberíamos siempre considerarlo como una parte de un tema más grande, que es el del matrimonio, porque sin éste, aquel no podría existir.

La dinámica de la relación entre esposos es extremadamente compleja y variada y dentro de ella, el divorcio es simplemente una pieza más del rompecabezas, aunque por supuesto, una muy importante. Sin embargo, necesitamos reafirmar que de lo que estamos tratando es del matrimonio; el centro de nuestra discusión y de nuestro interés no es el divorcio, sino el matrimonio.

Esto debería ayudarnos, por un lado, a recordar que nuestro mayor interés en relación al divorcio es el de tratar de evitarlo. Claro que no se trata de evitar el divorcio por evitarlo, sino que como agentes pastorales debemos trabajar para fortalecer el matrimonio como institución y como compromiso entre dos personas en particular. De otro modo, nos corremos el riesgo de caer en la trampa en que algunos han caído, de dedicar tanto tiempo, esfuerzo e interés a esto del divorcio, que descuidamos a los matrimonios que constituyen una parte importante de nuestra grey. Es necesario recordar que antes que ser responsables por el pastoreo de quienes sufren por un divorcio, los pastores son responsables de cuidar y edificar los matrimonios para que no lleguen al punto de rompimiento. Nuestro propósito es que el divorcio no sea contemplado como una solución a los problemas y dificultades naturales de un matrimonio, con la facilidad y rapidez con que eso se hace hoy en día. Aquí vamos a contracorriente de algunos autores (como Ahrons, citado por Bush (1996:111)), quienes proponen que “debemos apuntar no tanto a prevenir el divorcio, sino a prevenir sus consecuencias negativas”. No podemos aceptar ese derrotismo; debemos apuntar a prevenir el divorcio, así como a prevenir sus consecuencias negativas.

En segundo lugar, este centrarnos más en el matrimonio que en el divorcio, también debería ayudarnos a evitar la suposición simplista y equivocada de que lo que daña a estos niños es el divorcio en sí mismo y que la integridad de la familia debe ser defendida a toda costa. Lo que en realidad daña a los niños es el conflicto entre sus padres y en particular, la manera en que ese conflicto es manejado.² El divorcio marca un punto de crisis en el proceso de conflicto, pero como en cualquier otra crisis, su resultado no puede ser asumido como algo automáticamente negativo; una crisis puede ser un punto de partida hacia la recuperación si la ayuda apropiada se provee oportunamente (Felner et.

² Para una discusión extensa y técnica de este asunto, ver el artículo de Robert Emery: Interparental Conflict and the Children of Divorce. *Psychological Bulletin* 92 (2): 310-330, 1982.

al. 1975: 309). Sin embargo, una crisis mal manejada puede empeorar la situación de la persona.³

Contrariamente a lo que la sabiduría popular quiere creer, por lo general el conflicto no termina con el divorcio. De acuerdo a Pfeffer (1981: 23), hay varias formas de conflicto post divorcio:

1. Los padres pueden continuar con el mismo tipo de relación turbulenta que tenían antes del divorcio.
2. La turbulencia puede ser causada por el niño que manipula a sus padres para perpetuar el conflicto o para promover una reunión (o para generar atención en un proceso en el que no tiene protagonismo).
3. Un padre y el hijo unen sus fuerzas contra el otro padre.
4. El sistema de apoyo origina que uno de los padres quede insatisfecho con los arreglos del divorcio.

Por lo tanto, para entender el efecto del divorcio en los niños, se hace imprescindible el evaluar el ambiente en el que el niño vive, así como el estado intrapsíquico del niño antes, durante y después del divorcio. Estas variables requieren de una investigación sistemática que pueda elucidar los tipos de programas de intervención que puedan ayudar a un niño a enfrentar un divorcio. (Pfeffer, op. cit.: 24. [Trad. libre mía])

Esto nos demuestra entonces, que los efectos del divorcio en los niños deben ser vistos como parte del espectro del efecto del conflicto interparental en los niños. Este espectro puede ser dividido, para efectos metodológicos, en tres estadios: “respuestas al conflicto, respuestas a la separación y respuestas al cambio de vida” (Emery 1982: 325). En un sentido, el divorcio tiene que ver con los tres estadios propuestos ya que en el momento en que se decide llegar al rompimiento, el conflicto lleva por lo general un tiempo más bien prolongado y cuyas características determinarán el daño que ya ha recibido el niño cuando el divorcio es considerado como una opción. Una vez que se da la separación, aparecen los segundos tipos de respuestas y ellas dependerán de una serie de factores como la historia previa de conflicto, la edad del niño, las supuestas causas del divorcio, etc. De ese momento en adelante, empieza el largo proceso de redefinición de la vida para todos los involucrados, con todas las demandas de adaptación implicadas. Este proceso también estará afectado por factores como la presencia o ausencia / lejanía o cercanía del padre no-custodio, la dinámica de la relación entre los ex-esposos, la sabiduría del padre custodio al manejar la relación entre el hijo y el ex-cónyuge, etc. Existe ayuda disponible (o por lo menos debería existir) para que los padres aprendan a manejar todas estas situaciones de una manera que es útil para sus hijos y también debería existir ayuda para que esos niños usen de la mejor manera posible sus recursos psicológicos y sociales para minimizar la magnitud de las heridas. Sin embargo, como en

³ “...el conflicto familiar no decrece sino que aumenta en el año siguiente al divorcio” (Hetherington, 1979: 855). Camplai et. al. (1987: 216) también ven este problema, aunque ellos lo relacionan al asunto de acceso a los padres: “Después del divorcio, la adaptación del niño se ve afectada negativamente por niveles altos de conflicto interparental y bajos niveles de contacto entre el niño y el padre no-custodio”. Hetherington (1979: 856) también señala la disponibilidad del padre que se va con un “...ajuste positivo y relaciones sociales, especialmente en los niños (varones)”. [traducciones mías].

muchos otros casos en los que nos vemos obligados a confiar en la tecnología, “Los padres deberían saber que, desafortunadamente, los psicólogos no tienen todavía todas las respuestas a las muchas preguntas acerca de cómo los problemas matrimoniales afectan a los niños”. (ibid.)

En un intento por entender el asunto, se ha comparado la pérdida de un padre por causa de un divorcio, con la pérdida de un padre a causa de la muerte. Sin embargo, existen suficientes diferencias entre esas dos circunstancias como para que se amerite el desarrollo consciente de dos tipos de manejo diferentes en cada caso.⁴ De cualquier manera, ambos tipos de crisis originan problemas en los niños. “Por eso y por el conocimiento que tenemos de la literatura que todos esos efectos son serios y de larga duración, se refuerza la necesidad de desarrollar intervenciones tempranas y efectivas.” (Felner et. al. 1975. 309).

En conclusión, los efectos que el divorcio puede tener en los niños son tanto **serios** como **de larga duración**. Quizás deberíamos estar conscientes de la tentación que existe de establecer una dicotomía entre una perspectiva de *crisis* en relación a los efectos del divorcio (con el consiguiente enfoque aislado en los efectos comportamentales y relacionados al ajuste) y una perspectiva de *trauma-prolongado* (con efectos inevitables en el desarrollo y socio-emocionales, los que se llevan hasta la edad adulta). Las investigaciones parecen apoyar una visión dual, en los que ambos tipos de efectos se reconocen (Plunkett et.al. 1986: 1) y ambos deben ser tenidos en cuenta para efectos de intervención, tanto terapéutica como pastoral.⁵

El divorcio y la edad del niño

Tradicionalmente se ha asumido la posición de que los niños pequeños a) entienden tan poco de lo que pasa a su alrededor que no pueden ser afectados de manera importante y b) cualquier cosa que pase, ellos se recuperarán pronto. Esto ya no se puede aceptar como una verdad. De todas maneras, es muy difícil evaluar el cómo se relaciona la edad con el grado de afectación cuando se produce la separación. Para Collins por ejemplo (1982: 462), los niños menores de seis años o mayores de 14 son los más afectados, mientras que “Los niños en el medio parecen tener menos problemas de ajuste”. Sin embargo, los efectos de largo plazo no pueden predecirse a partir de la reacción inicial y la observación de Collins podría llevarnos a tener una falsa sensación de seguridad cuando se trata de niños entre 6 y 14 años.

Por otro lado, Guest afirma que “Niños en edad escolar primaria – de seis a doce años— parecen responder con un mayor grado de duelo y depresión” (Guest 1989: 31). Cornes

⁴ Wallerstein, por ejemplo, esperaba un patrón similar de disminución de síntomas en ambos casos después de un año. Sin embargo, “Ella encontró que el daño todavía era agudo [para los niños después de un divorcio] hasta 10 años después que el estudio empezó” (Billingsley 1982: 84).

⁵ Hacemos aquí la distinción entre *terapéutica* como la intervención profesional, de orientación clínica y *pastoral* como la intervención menos clínica o sistemática, que pertenece a un contexto diferente y que toca áreas diferentes del ser humano, aunque ella no es menos *terapéutica*.

se refiere al estudio de Wallerstein y la cita diciendo “Es verdad que algunos que reaccionan mal inicialmente se pueden ajustar bien más tarde, pero algunos de los menos problemáticos, de los aparentemente más tranquilos y calmados [al principio], estaban en problemas diez y hasta quince años más tarde”. (Cornes 1993: 463). Pfeffer parece estar aun menos convencido en cuanto a esta segregación y afirma que “Faltan investigaciones sistemáticas de la relación que existe entre el divorcio y la edad o el sexo específico del niño en el momento en que éste se produce. Entre los estudios que se han reportado, los resultados no son concluyentes y han causado controversia”. (Pfeffer 1981: 27).⁶

Una estadística interesante de notar, es que la mayor parte de rompimientos de matrimonios se dan dentro de los primeros seis años. Por consiguiente, se ha estimado que el 60% de los divorcios afectan a niños de esa edad o menores (McDaniel 1972: 203). El mismo autor después comenta: “Y claro, a menor edad del niño... más dificultades tendrá para entender el divorcio y todas sus ramificaciones... Los síntomas en los niños fueron tristeza e ira, evidenciados por posesividad, ruidosidad, hiperactividad, y agresividad, expresada en empujones, golpes, patadas y hasta mordeduras”.

Los temas recurrentes en la literatura entonces, son ira, tristeza, frustración, temor, soledad y vergüenza, las cuales se pueden expresar de muchas maneras diferentes. En 1985, Johnson calculó que más del 16% de los menores de 18 años en los USA habían experimentado el divorcio de sus padres y vale la pena leer su evaluación de los problemas que ellos enfrentan:

La tasa de ocurrencia [de problemas emocionales] en tal población de hijos de parejas divorciadas, se ha reportado entre el ocho y el veintiocho por ciento, con una media del 15%... Estos estudios han encontrado también que 1) La proporción de hombres y mujeres entre los pacientes emocionalmente perturbados en el grupo de hijos de parejas divorciadas es casi el mismo que entre los hijos de familias intactas; 2) existe una mayor tasa de delincuencia y de comportamientos antisociales entre los hijos de parejas divorciadas que entre los hijos de familias intactas; 3) la depresión es más común entre los niños que han sufrido un divorcio, que entre aquellos que no lo han experimentado; 4) hay una mayor incidencia de ansiedad, síntomas neuróticos y problemas de formación de hábitos (e.g. problemas de sueño o de alimentación) entre los hijos de divorciados, en comparación con los hijos de familias intactas. Estos resultados sugieren que, entre los niños que sufren de problemas emocionales y de conducta, aquellos cuyos padres se han divorciado pueden estar especialmente susceptibles a desarrollar cierto tipo de desórdenes del desarrollo, mientras que permanecen relativamente libres de otros... **no se han desarrollado parámetros ni teóricos ni programáticos en relación a este grupo particularmente vulnerable de la población, en especial a lo que se refiere al cuidado pastoral de ellos.** (Johnson 1985: 200. Traducción y énfasis míos.)

El mismo autor especifica cuatro tipos de emociones, que explican el sentimiento de carga que experimentan estos niños:

1. *Un exacerbado sentido de su propia vulnerabilidad.* Estos son niños que han visto su mundo derrumbarse frente a sus propios ojos y llegan a la conclusión (a todas

⁶ Sin embargo, ella hace referencia al estudio longitudinal llevado a cabo por Wallerstein y Kelly y hace una lista interesante de efectos en niños de diferentes edades.

luzes lógica) de que si el vínculo marital que unía a sus padres puede romperse, así también puede romperse el vínculo que los une a **ellos** con sus padres. Ninguna reafirmación verbal de que su padre o su madre nunca los dejará como lo están haciendo el uno al otro por medio del divorcio despejará este temor.

2. *Un sentimiento de pérdida.* Los niños pequeños son afectados por la pérdida de uno de sus padres; los adolescentes y los niños mayores, parecen ser más afectados por la pérdida de la familia como estructura, con todo lo que ella proveía en términos de seguridad y lazos sociales.
3. *Un sentido de rechazo.* Los niños rápidamente se dan cuenta del ensimismamiento de los padres en sus propios problemas y esto es un primer nivel de rechazo. La salida del hogar de uno de los padres es un segundo nivel de rechazo que tienen que afrontar, ya que esa salida es tomada como una falta de interés en el niño. En el caso de niños pequeños, ellos son totalmente incapaces de entender la salida de un padre como algo diferente a que los están dejando solos **a ellos**. No pueden diferenciar el abandono de la pareja del abandono a ellos. Esta parece ser la fuente de la agresividad que estos niños desarrollan. Ellos se pueden dar cuenta de que sus padres han actuado de forma egoísta, teniendo en cuenta sus propios intereses y entonces —sintiéndose rechazados y traicionados— estos niños responden con agresión.
4. *Un sentimiento de culpa.* Esto es especialmente cierto en los muy jóvenes. Parecen ser incapaces de desconectar la salida del padre con otras ocasiones previas en las que ese padre ha mostrado disgusto por el mal comportamiento del niño. La distancia de los padres durante este tiempo y la frecuente irritabilidad que muestran debida a la tensión causada por el conflicto, parecen confirmarle al niño que, después de todo, él tiene la culpa de todo lo que está pasando. Este sentimiento de culpa está marcadamente ausente en los adolescentes, los cuales —por el contrario— tienden a reaccionar fuertemente ante cualquier insinuación de que ellos tengan algo que ver con todo eso.

Por último, en referencia a la tormenta emocional que los hijos de parejas divorciadas tienen que enfrentar y a la ansiedad e ira con la que reaccionan, hay que tener en cuenta una advertencia acerca de un tema muy importante y lamentablemente frecuente que debe ser evitado a toda costa:

Los problemas también se agravan cuando los niños se convierten en armas involuntarias usadas por el esposo y la esposa para atacar y manipular el uno al otro o cuando los niños se convierten en prisioneros de guerra, atraídos de un campo al otro para ser sometidos a lavados cerebrales. En un principio, estos niños lucen heridos y confundidos. Más tarde, demuestran ira, en especial con aquel padre que haya sido el mayor manipulador. (Collins 1988: 462)

Este problema del uso de los hijos como armas se ve con mayor frecuencia en los casos en que el conflicto se desborda, incluyendo batallas legales por la custodia. En esos casos, los niños son siempre los perdedores ya que aun después de que se ha llegado a un acuerdo legal, se ve que los niños son utilizados para obtener información acerca del padre no-custodio cuando él o ella los visita, o son convertidos en portadores de mensajes desagradables. Lo que ocurre normalmente es que en un principio el niño se puede aliar

con el padre custodio quejoso y desarrollar un rechazo hacia el otro padre, quien es vilipendiado. Esto agrava y perturba el proceso de despegamiento de ese padre que el niño tiene que pasar. Sin embargo, más tarde en su vida, a medida que el niño crece y puede darse cuenta de que la vida no es tan concreta como él creía o como se le hizo creer, esta tendencia inicial cambia y reacciona con ira contra el padre custodio, quien envenenó y amargó su relación con el padre no-custodio. Lo que esto nos demuestra es que los niños deben ser tenidos a distancia del resentimiento que se ha generado entre los padres y sus memorias de su vida pasada, cuando todavía eran una familia (memorias que pueden estar frecuentemente idealizadas) no les deben ser robadas por una padre o una madre resentidos.

Divorcio y pobreza

Un último efecto del divorcio en niños que veremos sólo brevemente, es el efecto económico, el cual es considerado en otras sociedades como la más prevalente fuente de estrés para ellos (Hetherington 1979: 354). Aparte de las dificultades emocionales y los efectos relacionales de largo plazo que estos niños tienen que cargar, afectando las familias que ellos formarán después y perpetuando así el debilitamiento del vínculo matrimonial en nuestra civilización, tenemos también el pernicioso y autoperpetuado fenómeno del empobrecimiento económico que el divorcio crea para los niños y el padre custodio. Guest cita estadísticas que demuestran que: "...las mujeres divorciadas con niños pequeños, experimentan un 73% promedio de disminución en sus estándares de vida durante el primer año después del divorcio. **Simultáneamente, sus esposos disfrutaban un promedio de 42% de aumento.**" (Guest 1989:32. Énfasis mío)

Haciendo un estudio que no tiene en cuenta factores éticos o religiosos en absoluto, Patricia Morgan ha estudiado la relación que existe entre el divorcio y la demanda ejercida sobre las agencias de beneficencia. Ella menciona que la gente puede caer en la pobreza por una variedad de razones, pero que por lo general logran salir de ella otra vez.⁷ En el caso de padres divorciados y en custodia de sus hijos, ellos tienden a ser menos exitosos en esta tarea (de escapar de la pobreza), ya sea que el caso es el de una familia completa se convierte en una familia pobre de un solo padre o que la pobreza sea causada directamente por el rompimiento de la relación matrimonial. Otra vez, esto es un círculo vicioso que se autoperpetúa.

El efecto de la presencia de un solo padre en el mantenimiento y la extensión de la pobreza y la dependencia pueden ser empeorados por efectos intergeneracionales. Todas estas características se vuelven circulares; los hijos tienen una mayor tendencia a ser pobres, o padres solos pobres, en comparación con los hijos de familias pobres pero intactas. De esa manera, los hijos de padres solos están en desventaja en una manera que afecta su futuro y los futuros de sus hijos. A lo largo del tiempo, la estructura familiar puede terminar haciendo una contribución permanente y desproporcionada al fenómeno de la pobreza persistente y acumulativa y dependencia de la beneficencia y la evidencia demuestra que esos efectos están creciendo. (Morgan 1995: 42-43)

⁷ Por supuesto, esto se refiere solamente a sociedades como las que ella tomó para su estudio (Reino Unido y USA)

Aun más, en casos en que la madre empieza una nueva relación, los novios y padrastros muestran una tendencia mucho menor a gastar o invertir en los hijos de su pareja, especialmente si no existen vínculos legales. Esto se complica y empeora por la disminución del tiempo y de la atención que el padre custodio ofrece a su hijo y también por una disminución de tiempo y otros recursos provenientes de la familia extendida, los cuales disminuyen o desaparecen cuando una nueva relación de pareja se establece. En los casos más extremos, el altruismo del padre custodio se ve afectado al grado de obligar a la institucionalización del niño. (Morgan op. cit.: 43).

Aparte de los problemas emocionales que los hijos del divorcio tienen que enfrentar, los cuales de por sí generan niveles bajos de rendimiento académico, existe la posibilidad de que estos hijos tengan que crecer en un ambiente donde nadie en casa trabaja regularmente y la familia depende de subsidios. Encima de eso, y esto afecta más a los hijos que a las hijas ya que el rol masculino es el que normalmente hace falta, existe una falta de contactos informales o de las habilidades necesarias para buscar trabajo ya sea permanente o eventual.

Visto desde varias perspectivas diferentes entonces, el divorcio es un asunto extremadamente serio y hasta un vistazo breve e incompleto a sus efectos en los niños nos debería hacer pensar como sociedad si no hemos ido demasiado lejos en su liberalización, la cual ha sido llevada casi hasta el punto de la promoción, presentando a la vida como incompleta sin un divorcio.⁸ De pronto lo que sucede es que el concepto de divorcio ha estado demasiado ligado a temas como la liberación de la mujer, logrando así que se convierta en uno de los íconos de la femineidad moderna el demostrarle al mundo que las mujeres no necesitan a los hombres y que son perfectamente capaces de criar hijos sin ninguna molesta presencia masculina a su alrededor (Hetherington 1979: 855).

Tal vez es cierto que las mujeres no necesitan a los hombres —y esos escabrosos temas como el equilibrio entre la explotación de la mujer por el hombre y del hombre por la mujer tendrán que esperar otra oportunidad para ser discutidos—pero los niños sí necesitan a sus padres tanto como necesitan a sus madres. Sin embargo, parece ser que hemos estado haciendo en un nivel macro lo mismo que cualquier pareja hace: nos hemos concentrado tan exclusivamente en nuestros propios deseos, en la defensa de nuestros derechos, en la valorización de nuestra dignidad de hombres o de mujeres, que hemos sido criminalmente ciegos a la situación de los millones de niños que cada año viven el infierno del divorcio de sus padres.⁹ No necesitamos ser especialmente perceptivos para darnos cuenta de que los intereses de un individuo están siempre estrechamente ligados a los intereses de algún otro individuo y que la cuerda siempre se rompe por su punto más débil. Scanzoni (1981: 796) nos dice que “Los críticos se preocupan de que mientras los adultos andan ocupados de defender sus derechos, los hijos son olvidados a su suerte” y los críticos no son los únicos que debieran estar preocupados acerca de esto. Si alguien

⁸ “Nuestra cultura a menudo parece ver al matrimonio como algo negativo para las mujeres, y al divorcio como un paso necesario para el crecimiento y la realización personal”. (Bush 1966: 111).

⁹ Ver el artículo de Scanzoni, donde él discute como el advenimiento de la discusión sobre los derechos del individuo ha resultado en una erosión de tradiciones e instituciones, conceptos ambos que son fundamentales al concepto de familia.

necesita todavía ser espantado por lo que sucede a nuestro alrededor, terminaré esta sección citando una opinión vertida hace algunos años en la televisión británica:

Anne Keheller, en el programa de la TV británica llamado *Byline* (BBC1, 10 de julio de 1989) promueve el tipo de matrimonio llamado contractual, en el cual una pareja diseña y entra en un contrato mutuamente acordado y legalmente efectivo, el cual casi con certeza no incluiría la permanencia en la relación y que podría presentar la libertad sexual como una opción. Ella entonces se vio confrontada con la objeción de que eso podría ir en contra de los intereses de los niños [a lo que contestó]: **‘Los intereses de los hijos tendrán que hacerse a un lado, en beneficio de los padres’** (Cornes 1993: 14. Énfasis mío).

3. ¿Qué puede hacer la iglesia?

Como ya hemos visto, el divorcio no es solamente difícil sino doloroso para todos aquellos que están involucrados en él. Además, es evidente que puede ser potencialmente muy dañino para los niños, dependiendo de varios factores diferentes. Las preguntas que no sólo podemos sino que debemos hacernos son:

- ¿Podemos hacer algo para fortalecer los matrimonios y reducir así la incidencia del divorcio y la separación en nuestra sociedad?
- La segunda pregunta es: ¿Podemos hacer algo para minimizar los efectos del divorcio y de la separación en los hijos de las parejas que recurren a estas soluciones a sus conflictos? ¿Tiene la iglesia cristiana la posibilidad de realizar algún trabajo preventivo en esta área?

La propuesta de este trabajo es que sí, la iglesia puede y debe involucrarse efectiva e intensamente en este trabajo y esta posición está apoyada en la opinión de una variedad de investigadores (por ejemplo Polatin & Philtine 1958: 40). En esos momentos en que la pareja se retrae y es presa del ensimismamiento y la depresión y ambos cónyuges “...construyen barreras protectoras alrededor de ellos...”, en momentos en que “Un par de brazos abiertos y receptivos son una imagen bienvenida...”, Adams (1992: 46) dice que “El rol de la acción pastoral se ve claramente aquí. Los pastores tienen la obligación de recordarles a los individuos del amor de Dios y del Hijo, Jesucristo...”. Aun más, aunque la visión de Adams de una congregación que acoja tanto a la pareja que se separa como a los hijos dolidos en una manera amorosa y de apoyo no es una realidad todavía, por lo menos es válida como una visión y un llamado para la iglesia.

Para empezar, aunque se ha dicho que el divorcio es una realidad que tiene que ser aceptada como inevitable, también debe ser dicho que no siempre es cierto que no hay otras alternativas. Hay parejas que habrían trabajado sus diferencias y dificultades si es que hubieran tenido ayuda y apoyo para ello, pero que nunca encontraron ese apoyo hasta que fue demasiado tarde. Propongo que en una sociedad que está perdiendo rápidamente lo que le queda de modelos y de valores morales, la iglesia tiene un

amplio terreno para ejercer un ministerio pastoral de modelaje de relaciones de pareja y de fortalecimiento y enriquecimiento de la relación matrimonial de una manera que permita a esas parejas que luchan por evitar el deterioro y la desintegración de su matrimonio, obtener algunas de las herramientas necesarias para hacer que su relación crezca y para darles el espacio necesario para buscar y encontrar ayuda si quieren salvar esa relación.

La iglesia necesita ser sacada de su letargo, de su tendencia a buscar realidades en el más allá exclusivamente y de la esquizofrenia en la que ha caído en nuestro medio, donde ahora ser cristiano se ha reducido a la asistencia y participación en una serie de rituales de alto contenido emocional...y poco o nada más. ¿Por qué es que hoy a los evangélicos no nos avergüenza el fracaso de nuestros matrimonios? ¿Por qué nos es tan fácil desechar las enseñanzas de Jesucristo acerca de la fidelidad y del divorcio como si esas enseñanzas fueran basura? ¿Quién nos ha dado el derecho de relativizar y minimizar la Palabra de Dios en cuanto a lo especial, permanente, único y hasta sagrado que tiene el matrimonio? Como pastores tenemos la obligación de traer al pueblo de Dios a un nuevo entendimiento de las demandas de la Palabra con respecto a la relación matrimonial y a la responsabilidad sacerdotal del padre con relación a los hijos, la cual no se cumple cuando nos desaparecemos para “rehacer” nuestra vida y mandamos un cheque a fin de mes. Necesitamos radicalizar nuestro discurso y ponerlo a tono con la radicalidad del evangelio. Necesitamos clamar frente a la sociedad y el estado (aunque no nos escuchen) y hacerles ver que si no se ponen trabas al abandono fácil de la familia, lo único que se logra es facilitar ese abandono.

La sociedad de la segunda mitad del siglo veinte abrazó una serie de presuposiciones con una lealtad que raya en el fanatismo, presuposiciones que ahora algunos investigadores han empezado a darse cuenta de que no solamente puede resultar siendo falsas sino profundamente dañinas. Barbara Dafoe es una socióloga católica cuyas investigaciones han puesto en tela de juicio por lo menos tres de esas presuposiciones que se han constituido en tótems de la posmodernidad (Dafoe 1997: 52).

- Los padres (y más frecuentemente madres) solas pueden ser económicamente autosuficientes.
- Los niños pueden ser igual o más felices en familias con un solo padre presente.
- En vista de que el pluralismo es un elemento importante de la filosofía que gobierna nuestra forma de pensar, debemos adoptar una variedad de formas de organización familiar

Al mismo tiempo que ella presenta estas afirmaciones como falacias, le hace un llamado a la iglesia para decidirse a ejercer un ministerio profético y llamar a la sociedad a reflexionar y darse cuenta de que el camino que ha escogido no es el correcto simplemente porque es la posición que responde al clamor de las masas (la democratización del pensamiento filosófico). Esta investigadora no se queda ahí, sino

que además de ese ministerio profético, propone que la iglesia también debe ocuparse de salvar el matrimonio desde adentro

A pesar de mi crítica a la respuesta de la iglesia, déjenme añadir que una de las cosas que me da esperanza son las iglesias y los movimientos basados en la iglesia, los cuales están levantando un liderazgo laico cuya función es trabajar en el fortalecimiento de las familias. Espero que las comunidades de fe sigan tomando este tipo de iniciativas. Ahí es donde comenzará el cambio del corazón y la mente de nuestra sociedad. (Dafoe op. cit.: 53)⁹

El segundo estadio en el que la iglesia debería asumir un rol protagónico, es cuando la decisión de seguir adelante con un divorcio se ha alcanzado. Es de esperarse que aquellos tiempos en que lo único que la iglesia hacía era fruncir el ceño y castigar a quienes decidían divorciarse, sean cosa del pasado. En este momento, existe un espacio tremendo para el ejercicio de la acción pastoral, ministrando a la gente en su dolor y ayudándoles a manejar las dificultades y los desafíos a los que la nueva situación los enfrenta. Por ejemplo, aunque un divorcio es una aceptación de que la salud de ese matrimonio se acabó, todavía es posible hablar de un divorcio saludable. Aun cuando la separación es una decisión irrevocable —y en muchos casos es necesario aceptar que puede ser la mejor decisión para todos aquellos involucrados— todavía hay espacio para hablar de perdón o para hablar del establecimiento de una nueva relación, diferente pero armónica entre los ex-esposos, que les permita ser lo suficientemente amigables entre ellos como para poder establecer a su vez una nueva y positiva relación entre ellos y los hijos, lo cual es especialmente importante para el padre no-custodio. Esa sería una buena base sobre la cual iniciar la nueva etapa de separación.

Olszewsky, en su provocativo artículo “Una visión cristiana del divorcio”, presenta una interesante perspectiva de temas como “juicio”, “reconciliación” y “perdón” en relación al divorcio. El dice que el juicio de Dios sobre el pasado es la base sobre la cual nos podemos apoyar para justificar el abandono de algunas formas de relacionarse que una pareja puede haber tenido hasta cierto punto y que eran inadecuadas. Por otro lado, la gracia de Dios y su perdón, conforman la base sobre las que nos apoyamos para hablar de reconciliación, entendida como el establecimiento de una nueva relación.

En vista de que esta nueva orientación con relación a los niños presupone una cooperación relativa con el otro padre, tiene que haber una interacción en el desarrollo de nuevas relaciones. Estas exploraciones e interacciones pueden, en algunos casos, llevarnos en la dirección de una restauración de los lazos matrimoniales, pero también nos pueden llevar a la conclusión de que la única manera constructiva y cooperativa en que la pareja puede cuidar a sus hijos, es desde fuera del matrimonio...Aun más, para algunos por lo menos ese cuidado de los hijos puede convertirse en la única manifestación mutua de reconciliación en el amor de Dios. (Olszewsky 1979: 133)

Tenemos aquí un ejemplo muy útil de cómo veo yo a la teología apoyando y alimentando la práctica pastoral. Independientemente de la ortodoxia de la posición y

⁹ También vale la pena escuchar el llamado de Scanzoni: “Con frecuencia se les reclama alas iglesias que van por ahí siguiendo a la sociedad en vez de liderarla. En este caso, sin embargo, la iglesia puede ser la única institución que tenga la posibilidad de crear las aspiraciones necesarias para la creación de nuevas tradiciones familiares y de proveer los medios para que eso se logre (Scanzoni 1981: 799).

del método del autor, su intento de traer a la superficie conceptos como “juicio”, “gracia” y “perdón” puede ayudar grandemente a aquellos padres cristianos que pasan por una experiencia de divorcio y quienes tienen que añadirle a su dolor, elementos como la culpa y la carga espiritual. Entre los miembros de una pareja que se divorcia, existe una necesidad enorme de perdón y reconciliación y esto a lo que Olshewsky nos llama no es ninguna solución barata o fácil, sino a una valiente confrontación de las diferencias y las dificultades que existen entre un hombre y una mujer, de una manera tal que les ayude a establecer una nueva relación de cooperación para poder así cuidar a sus hijos como padres, obligación que no desaparece al firmar los papeles de divorcio.

Yendo un paso más allá, Olshewsky incluye aquí la dimensión de tentación y de pecado y propone que en las discusiones sobre custodia de los hijos, esa tentación puede ser evitada cambiando la naturaleza de los conceptos usados: “Los asuntos de custodia pueden ser ‘bautizados’ para darles una orientación cristiana, cambiando los conceptos subyacentes de una situación de *propiedad* a una situación de *mayordomía* de los dones de Dios” (Olshewsky op. cit.: 133. *Itálicas mías.*). Esto nos da un ejemplo de avenidas que la iglesia puede explorar para ser relevante y útil tanto para los padres que se divorcian, como para sus hijos.

En una dimensión más práctica, tal vez la iglesia puede ofrecer alguna ayuda o dirección a personas que normalmente enfrentan un alto grado de desorientación y confusión frente a una situación nueva y dolorosa. Hay algunas cosas que podrían ser consideradas cuando alguien trata de aprender a ser un padre divorciado y no hay muchas fuentes de ayuda o consejo disponibles para ellos. Uno de esos temas, es el de la explicación de un divorcio.

Explicando el divorcio

Un divorcio saludable empieza en el momento en que se le da la noticia a los hijos. No hay manera de evitar el dolor de un divorcio, pero sí hay maneras de tratar con el dolor y usarlo con miras a la sanidad. Si un padre empieza trámites de divorcio sin pensar en sus hijos, corre el riesgo de terminar el divorcio sin sus hijos. (Douglas 1992: 44).

Douglas llama a esta necesidad de darle las noticias a los hijos “una bendición dentro de una maldición” ya que puede determinar una gran ventaja para los hijos en medio de su tragedia. Es demasiado frecuente el caso en que lo primero que hace que un niño se entere del divorcio de sus padres es un portazo, o las frases entrecortadas e incoherentes de un padre que tiene sus maletas empacadas en la puerta. Para un niño, la tremenda mezcla de confusión y pánico que experimenta impide que entre en su cabeza cualquier tipo de explicación que se le quiera dar en ese momento. En general, los investigadores promueven apertura y honestidad para con los niños, ya que la ignorancia no los protege de nada.¹⁰

¹⁰ Douglas no es el único que hace un llamado a la honestidad (ver McDaniel 1972: 203)

Los padres que dicen que quieren proteger a sus hijos del divorcio, en realidad les hacen más daño que bien. Nada bueno se logra escondiendo emociones y desconfiando de las reacciones emocionales de los niños. La mayoría de niños podrá manejar un divorcio si se les trata con honestidad. (Douglas 1992: 41)

Explicar un divorcio nunca será algo fácil, especialmente si uno tiene que explicárselo a sus propios hijos y aunque haya quienes quieran evitarlo por protegerlos, la mayoría no lo hará, simplemente porque encuentran que no son capaces de enfrentar semejante cosa. Sin embargo, si se les ofrece ayuda en ese momento y la aceptan, eso sería muy beneficioso para los hijos de esa pareja porque el conocimiento de lo que ocurre equiparía a esos niños para enfrentar mejor la crisis. Para los padres, además de que les ayudaría a conservar la confianza de sus hijos, también haría que sus niveles de angustia y de culpa disminuyeran considerablemente.

Otra área en la que con frecuencia se necesita ayuda en casos de divorcio, es la de dar explicaciones adecuadas a los hijos. En la tormenta que significa pasar por los varios estadios de un divorcio, los hombres y las mujeres están por lo general tan emocionalmente involucrados que o bien no saben cómo explicarles lo que sucede a sus hijos, o les dan explicaciones bruscas y confusas. Un error muy común es el de creer que los niños son muy jóvenes para entender. De esta creencia provienen errores muy serios como los de decirles a los hijos demasiado, en un esfuerzo patético de forzarlos a entender, o el de decirles muy poquito, con la esperanza de que al no entender, puedan ser calmados con evasivas, al menos por un tiempo. (Polatin y Philtine 1958: 36).

Qué y cuánto decirles a los hijos depende de las circunstancias (por ejemplo, la razón del divorcio, la edad del niño, el estado de la comunicación entre los padres, o el nivel de cooperación entre ellos durante el proceso). Este último punto es subrayado por Polatin y Philtine. Ellos dicen que los niños se dan cuenta de la existencia de tensiones entre sus padres muy temprano en el proceso de deterioro de la relación y que, independientemente de la edad de esos niños, eso de por sí carcome cualquier sentido de seguridad que su hogar les haya podido proveer hasta entonces, con todas las consecuencias emocionales que ya hemos visto que esto origina. Ellos preguntan: “Si este es el estado en el que está un niño cuando el divorcio se acerca, ¿qué se puede hacer para atenuar su angustia emocional?” (Polatin y Philtine op. cit.: 34) y la respuesta que ellos mismos dan es que los padres necesitan reafirmar su amor por sus hijos y que “...si no hay interferencia de ningún padre en su relación con el otro, un niño puede capear los temporales emocionales de un divorcio y de un hogar deshecho” (ibid.: 34 y 36). Como casi todos los demás investigadores que han publicado al respecto, ellos hacen un llamado a las parejas que se divorcian para que intenten llegar a un acuerdo lo más pacífico y aun amistoso que sea posible, por el bien de sus hijos.

Lo anterior nos da pautas claras en relación a cómo podemos enfocar nuestra labor pastoral. Cuando un pastor tenga que lidiar con parejas en vías de divorcio, parte del trabajo del pastor puede ser visto como el de echar aceite en aguas turbulentas, introduciendo elementos que puedan reducir los niveles de confrontación

Consejos y ayuda prácticos

En algunas sociedades, el clero es uno de los elementos más consultados en casos de divorcio (Camplair et. al. 1987: 260). A medida que nuestras iglesias crezcan, no duden que el pastor será aquí también uno de los personajes que más temprano entrará a tallar en estos procesos, sobre todo cuando ambos miembros de la pareja son también miembros de nuestra grey. Sea por razones de falta de otro tipo de profesional o por los costos que implica el recurrir a ellos, el resultado final es que los pastores podrán estar en situaciones en las que podrán ejercer altos niveles de influencia –para bien o para mal—y la cooperación de un “clero educado” es vista por algunos académicos como un elemento deseable juntamente con las intervenciones del derecho y de la psiquiatría en el manejo del fenómeno del divorcio “por el bien de los niños involucrados”. (Polatin y Philtine 1958: 40).

A medida que vamos entendiendo mejor las maneras en que el divorcio afecta a los hijos, ese mejor entendimiento nos debería impulsar a desarrollar diferentes formas de proveer ayuda, dependiendo del rol que podamos o que queramos jugar en un momento determinado. Por ejemplo, Gary Collins cita los lineamientos de Smoke para padres solteros, y pide que los pastores estén al tanto de ellos para cuando se involucren en consejería con esta población especial.

- No trate de ser padre y madre de su hijo
- No fuerce a su hijo a jugar el rol del padre ausente
- Sea el padre que es (no trate de ser un amigo, hermano o hermana)
- Sea honesto con su hijo
- No critique a su ex-cónyuge delante de su hijo
- No convierta a sus hijos en agentes secretos para que averigüen en qué anda el otro padre
- Reconozca que aun los hijos de divorciados necesitan un padre y una madre. No les niegue ese derecho.
- No se convierta en un papá o mamá de fantasía (padres que se comportan como un Papá Noel de fin de semana, enterrando a sus hijos en regalos o con paseos fabulosos, para luego enviarlos de vuelta a la realidad de la vida diaria con el otro padre). Los hijos necesitan ver a su padre y pasar tiempo con él en una ambiente de vida real.
- Sea honesto con su hijo acerca de sus intereses sociales, incluyendo los románticos.
- Ayude a sus hijos a mantener vivos sus buenos recuerdos de la familia cuando existía
- Diseñe juntamente con su ex-cónyuge un arreglo de cuidado de los hijos que sea más o menos satisfactorio para todos. Si es necesario, busquen un mediador que les ayude a ponerse de acuerdo en maneras de ayudar a sus hijos a crecer y desarrollarse sanamente.
- En lo posible, trate de no perturbar las áreas de las vidas de sus hijos en las que estos encuentren seguridad (trato con abuelos o tíos, lugar de residencia, colegio, etc.)
- Si su hijo no regresa a un patrón de crecimiento y desarrollo normal dentro de los 12 o 18 meses posteriores a un divorcio, busque ayuda de un psicólogo escolar.

(Collins 1988: 462-3)

Cualquier “clérigo educado” debería ser capaz de tratar estas cosas con aquellos que buscan su ayuda, ayudándolos a adaptarse de la manera más saludable posible a su nuevo rol de padre o madre solteros y esto se aplica tanto al caso del padre custodio como al no-custodio. Debbie Barr profundiza en este asunto de la ayuda práctica de una manera muy útil. Ella hace una lista de la manera en que diferentes actores pueden ayudar a los hijos de divorciados: amigos, maestros y también la iglesia. Ella se ocupa de asuntos que van desde el cuidado de los niños hasta la ayuda financiera, pasando por cosas como ayuda con la correspondencia y apoyo en oración. Cualquier pastor que entrene a su congregación en estas formas de cuidar a las familias de un solo padre, estaría haciéndole un gran bien a esos niños.¹¹ En el caso específico de las iglesias, Barr (1992: 177-8) menciona ocho maneras en las que éstas pueden ayudar:

1. **Formando un comité de búsqueda:** la función de este grupo de personas sería el de estar a la pesca de quienes necesiten ayuda y de contactarlos inicialmente y de hacer una evaluación del tipo de ayuda que se necesita, con el fin de movilizar los recursos en la iglesia.
2. **Estableciendo un programa de adopción figurada:** los niños de hogares con un solo padre disfrutan grandemente la interacción con adultos que estén dispuestos a realizar actividades con ellos. Barr cita a Judith Wallerstein diciendo que este tipo de actividades son “una de las cosas más grandes que la iglesia puede hacer para los hijos de divorciados”.
3. **Proveyendo referencia para consejería:** la tarea de pastoreo debe incluir una adecuada referencia a otros tipos de profesionales cuando esto se amerite.
4. **Manteniendo una lista de recursos prácticos de ayuda:** hay miembros de la iglesia que puede ofrecer ayuda práctica en algunas áreas para madres cabeza de hogar (reparar un techo, llenar formularios de impuestos, llevar un carro al taller, etc), tareas que normalmente habrían sido realizadas por el padre ahora ausente.
5. **Proveyendo modelos de roles masculinos:** la gran mayoría de hijos de divorciados terminan en la custodia de la madre y en la mayoría de los casos, la intensidad del contacto con el padre disminuye a medida que pasa el tiempo. Con frecuencia, se da el caso que estos contactos simplemente cesan. En esos casos, la presencia o ausencia de un modelo masculino alternativo puede convertirse en algo crucial.¹²
6. **Estableciendo o expandiendo su biblioteca congregacional:** se debe incluir literatura específica para este grupo poblacional.

¹¹ Aquí vale la pena hacer una reflexión en cuanto al valor de una actitud como esta para iglesias que ministran en sociedades en las que aun familias completas viven en situaciones de extrema necesidad y pobreza. En casos así ¿puede la iglesia favorecer a este tipo de familia desconociendo las necesidades de la familia nuclear? ¿No estaría la iglesia enviando el equivoco mensaje de que hay más ayuda disponible para los separados que para quienes se mantienen fielmente juntos? ¿No estaría diciendo la iglesia que más vale divorciarse? Esta es a la vez una situación que puede significar a la vez un campo minado o una mina de oportunidades para la iglesia.

¹² Guest nos recuerda que la presencia masculina no es sólo importante para proveer modelos masculinos para los hijos: “Las niñas necesitan un padre cariñoso que las haga sentirse valoradas como mujeres. Las adolescentes que tienen poco contacto con sus padres pueden buscar afirmación masculina de otras fuentes, terminando en una situación de promiscuidad sexual o pasando frecuentemente de una relación a otra”. (Guest 1989: 31)

7. **Las iglesias grandes pueden organizar un grupo de estudio para madres cabezas de hogar:** el apoyo de pares puede ser una fuente de ayuda invaluable para madres solas.
8. **Sensibilizando a quienes trabajan con niños en la iglesia:** si los adultos que trabajan con niños en una iglesia (profesores de escuela dominical, líderes de jóvenes, etc.) son percibidos por los niños como personas que los aceptan, los quieren y los apoyan, los niños verán a la iglesia como una fuente de justamente aquellos elementos que tanto necesitan (aceptación, amor, apoyo).

No toda iglesia puede hacer todo esto, pero de cualquiera sea la forma en que una iglesia esté organizada y cualquiera sea la manera en que el trabajo pastoral sea entendido, vivimos en tiempos en que no podemos darnos el lujo de actuar como si ese enorme número de niños hijos de parejas divorciadas no existiera o como si no supiéramos que tienen una gran necesidad de ayuda.

4. Conclusión

No importa cuán fácil sea —en términos de papeleos— conseguir un divorcio; éste será siempre un proceso doloroso. Al afectar a los niños de una manera tan profunda y perdurable, puede convertirse en una enfermedad auto perpetuada, si es que no se ha convertido en eso ya.

La iglesia ha afirmado históricamente su ministerio profético al denunciar el divorcio como algo inaceptable, como una práctica pecaminosa y mostrando su condenación a aquellos que optaban por esta salida a sus problemas matrimoniales. De esta manera, la iglesia se privó de la oportunidad de ayudar a un número creciente de personas en situaciones de profundo sufrimiento.

Aunque reconocemos que hay suficiente espacio para el rol profético de la iglesia en este campo al denunciar el egoísmo pecaminoso y la dureza del corazón de los hombres y de las mujeres, que crean una cada vez mayor disposición a demandar antes que a dar, actitud que está subyacente en la mayoría de divorcios, también estamos obligados a considerar la actitud y la enseñanza de Jesucristo, el Dios que odia al pecado pero ama al pecador. Jesús no fue más grande al ejercer su ministerio profético que cuando ejerció su ministerio de sanidad.

La literatura nos demuestra que hay un gran campo de acción pastoral en beneficio de los hijos de hogares deshechos. Sin usurpar el trabajo de un psicólogo, el pastor puede dar apoyo emocional; sin ser psiquiatra, hay signos de problema de los que puede estar atento para alertar a los padres a buscar ayuda profesional; sin ser un trabajador social, puede organizar muchas maneras de aliviar la carga y la soledad de tantas madres solas.

También como parte del trabajo pastoral, hay bajo nuestro cuidado una comunidad de fe a la que debemos enseñar a amar, cuidar y enriquecer la vida de estos niños y sus padres custodios de maneras en que –aun sin compensar la pérdida sufrida—sí pueden ayudar a aliviar en algo su dolor. Esto puede ser lo que les dé la oportunidad de sanar sus heridas de manera que lleguen a ser adultos normales, quienes quizás no tendrán más oportunidades de establecer familias sanas que los demás, pero por lo menos adultos que no tendrán menos oportunidades que los demás.

Anexo

SUGERENCIAS PARA AYUDAR ESPIRITUALMENTE A LOS NIÑOS EN CASO DE DIVORCIO DE SUS PADRES

1. Ayude a los niños a entender que era la voluntad de sus padres, no la voluntad de Dios la que determinó el divorcio. A ellos puede consolarles la idea de que Dios desea esa reconciliación tanto como ellos mismos, pero que Dios permite que las personas (padres, madres y también niños) tomen sus propias decisiones. Si los padres deciden divorciarse, Dios no se los impedirá aun cuando eso lo ponga triste.
2. Anime a los niños a contarle a Dios acerca de sus sentimientos, de sus temores y de sus ansiedades. Ore por y con ellos acerca de cada una de las cosas que les preocupan.
3. Los padres deberían estimular sus propias relaciones con Dios acercándose a una iglesia que activamente ministra a madres cabeza de hogar o padres separados. No deje de buscar hasta encontrar una iglesia en la que ve que Ud y su hijo serán atendidos espiritual y pastoralmente.
4. Haga una caja de promesas, de preferencia usando una versión moderna como la NVI. Escriba versículos de ánimo en pedacitos de papel, dóblelos y póngalos en una caja o una lata. Haga que cada niño saque un papel cada día (de pronto en el desayuno) y se apropie de esa promesa para ese día. Discuta con el niño el significado de la promesa y de cómo se aplica ella a su vida. Aquí se incluye una lista de versículos que se podrían considerar:

Jn 14:27	Stg 4:8a	Pr 16:20
Ro 8:28	Ro 5: 3-4	Pr 1:33
Stg 1:2-4	Fil 4: 6-7	He 13:5
Is 26:3	I P 5:7	Sal 34:19
Sal 18:32	Is 55: 8-9	Lc 12:7

5. Asegúrese de que el niño participa en una escuela dominical, escuela bíblica de vacaciones, campamento de la iglesia y otras actividades eclesíásticas diseñadas para niños.
6. No abandone la práctica del culto familiar. Si no la tiene, instáurela.

7. Haga un diario de oración, que tenga dos columnas. En una columna escriba las peticiones que Ud y el niño le hacen a Dios; en la otra columna escriba cómo y cuando Dios las contestó.
8. Recuerde que los niños pequeños identifican a los padres (especialmente el padre) con Dios. Ofrezcale amor y aceptación incondicional. No le haga sentir que Ud le amaría más si sacara mejores notas o si se comportara mejor o cualquier otra cosa. Asegúrese de que cada hijo sabe que él o ella es una persona única, especial y preciosa para Ud.